



URUGUAY UN PAIS A LA VUELTA DE UNA OLA

El Uruguay, todos lo saben, se ofrece a la emoción del hombre a la vuelta de una ola. Se llega hasta su encantamiento sorteando la graciosa silueta del Este—Punta del Este—, novia de millonarios inquietos, que está esperando siempre la voz embriajada del predestinado.

Montevideo se esconde y se alza detrás de una cortina horizontal de agua, sobre la que coquetea deliciosamente el cielo para hacerse distinto cada jornada. Y a Montevideo hay que buscarlo con brújula para que la rosa de los vientos alcance soberbia floración, o hay que presentirlo en el rumor de sus múltiples playas extendidas sobre una costa de maravilla, en las que juega y rueda la canción de los vientos y del sol. Antes que Bruño Mauricio de Zabala lo fijase en la Geografía, Montevideo quedaba como a trasmano, esperando esponsales que estaba seguro habrían de llegar. Buenos Aires imantaba a los hombres, porque Mendoza y Juan de Garay así lo habían dispuesto. Y tenía que prolongarlo en el tiempo la premisa de un Rey y la obstinada obediencia de un exacto soldado de España. Desde entonces acá, el Uruguay enriquece su historia limpia y se ofrece al hombre como uno de los pueblos de mejor personalidad para eso que llamamos Hispanidad. Porque no importa ese ir y venir en que estamos empeñados. Algunos han dado en descubrir rebeldías o en imaginar alejamientos de ese triángulo fantástico en que puede encerrarse lo hispánico—Méjico-Madrid-Manila-Montevideo-Buenos Aires—, tres trazos que la mano de España puede dibujar alegremente sobre el mapa del Orbe, para

afirmar su labor y para poder ver en su centro a los veintidós países de nuestro esfuerzo, gritando un quehacer con historia y límites geográficos suficientes como para poder decir: Esto hice y esto soy, y esto te doy.

El Uruguay no escapa, no puede escapar, a esta sutil captación artesana de una labor que no cuenta ni siquiera con imitadores. Y aquella rebeldía que algunos acusan, y aquel alejamiento que otros tratan de ver, no son sino hondas características de lo hispánico. Tal vez culpa nuestra, que llegamos aquí sin disfraz y sin máscara, vaciándonos íntegramente para lograr una perfecta modelación. En tiempos que no son los de ahora hemos podido ver afrancesarse demasiado a los españoles mismos. No podemos entonces asombrarnos excesivamente de que los uruguayos sientan la inquietud de alzarle bronce a Jean Mermoz—a la de Francia a la que yo también rindo homenaje—, pero olvidándose de aquel "loco" Ramón Franco, que quiso abrir la puerta del cielo a la superación del hombre enamorado de la nube. Porque cuando Ramón Franco vino a América, todo lo venía haciendo la audacia y la casta. El motor impulsaba al ansia hacia un destino. Mermoz, en cambio, no hizo otra cosa—con hacer mucho—que correr cielo adelante, tras el genio de un español con alas en el espíritu. Entonces, en vez de rebeldía o de alejamiento, lo llamaría yo injusticia, porque el bronce ha sido y es metal propicio para modelar precursores y perpetuar audacias. No nos olvidemos que el propio Cristóbal, Almirante de Nueva Flota, tiene mármoles y bronce por toda la América sorprendida en su periplo, y aún no se alzó la primera piedra de un monumento a Isabel, Reina y soberbia dueña de casa, Almirante en tierra, Adelantada sublime de un esfuerzo, estrella piloto, firme singladura para medir un Mundo Nuevo que le dolía en las entrañas de su alto destino.

Pero lo que interesa es saber si el Uruguay obedece a esa voz de los cuatrocientos años con que se hace oír continuamente la Hispanidad, voz cuyas palabras se han quedado cuajadas en catedrales o se tipificaron en Universidades. Para mí, que vivo en el Uruguay, que he sufrido en él, vive, revive y palpita. Lo afirma esa misma rebeldía de que os hablaba anteriormente, y rebelarse es virtud española. En ningún país hispanoamericano la rebeldía tiene mayor personalidad que en el Uruguay. La música lejana de otros pueblos—siempre existirán los cantos de sirena—encuentra aquí su caja de resonancias, pero siempre para lo efímero, nunca para lo eterno. Y eso siempre que no peligre la personalidad, que es española por los cuatro costados del ansia. Dígalo, si miento, Juan Zorrilla de San Martín, que es más poeta y es más uruguayo cuando más se quema en la hoguera española. O desmiéntame, si puede, José Enrique Rodó, sobre cuyo cerebro primaba la españolidad para afirmarse en el tiempo y en el espacio. Pretenda alejarse de esta línea impositiva y tajante—definidora de labor—Juana de Ibarbourou—la dulce Juana de América—, que cuando abre la rosa de su corazón al medio para que grite el alma, nos dice aquello de "Patria de mi padre, luminosa y grande; qué profundamente te quiero también; me crié soñando con tu maravilla; no he de morirte sin verte una vez". Y trate el hombre del pueblo—hombre de ciudad o de campo—de escaparse de la cárcel dulce del idioma o de la celda de Dios. Ahí, en esos duros y preciosos breves está afinado el hombre del Uruguay para ser y para prevalecer. Si a veces hace escapadas por campos ajenos, lo lleva a cabo a hurtadillas, en algo así como en jugarreta de muchacho travieso. Pero ha de volver siempre de su aventura con la voz hilando frase para acariciar a la madre que sufre buscándolo, y con el Ave-María del arpen-

timiento para seguir mereciendo el don de Dios. España no se le puede escapar, porque España está ya sólidamente fundida al destino de este Uruguay rebelde, pero amorosamente apresado en nuestra leal predilección.

Yo confieso aquí, para que quede estampado, que amo al Uruguay por esa recia personalidad que acusa de niño travieso. Cuando más parece estar contra España, más y más me parece verlo cerca de España. Es hijo suyo, y nada enorgullece más a una madre que contemplar reflejados en el hijo sus mismos rasgos, sus mismos defectos, sus mismas virtudes.

El Uruguay es una soberbia posición para una afirmación hispánica en las tierras que surgieran merced al corazón de Isabel, Reina y Madre, aquella que dijera un día que las espadas se ennoblecían más por la cruz de la empuñadura que por la hoja.

Todo eso queda a la vuelta de una ola, cuando la graciosa silueta de Punta del Este abre su sonrisa. Después, ya estamos en el Uruguay, al que rendimos aquí encendido homenaje de buen cariño. Porque sus playas nos traen mensajes constantes de la tierra parda de Castilla, madre de pueblos. Porque dentro de su configuración jamás nos hemos sentido extraños. Porque todos estamos en el vértice fantástico de Cervantes, aquel en el que caben anchos mares y dilatados cielos, para gloria de España, para gloria de América, para gloria de Dios.

GERMAN FERNANDEZ FRAGA

